

LA NOCHE QUE MURIO CHICAGO

por Rodolfo Bucio

A Héctor Herrera, que vivió la aventura.

"No se te vayan a olvidar los boletos", dijo El Negro. "¿Tú crees? ¡Nhombre! Si esta noche es la noche". Palpate el bolsillo de la camisa para comprobar que los boletos estaban en su sitio. Y ahora revisar grabadora, pilas y micrófono. Todo bien. "¿A qué hora quedaste con las chavas, Negro?" "A las siete". Salieron de la casa orgullosos. Recorrieron las diez cuerdas que los separaban de la casa de Susana. No hacía frío. Tocaste el timbre. "Y qué tal está la primera de tu nena?", preguntó el Negro. "Ya la vas a ver, no te aceleres". Abrió Susana, vestida de negro y con capa. Ambos quedaron sorprendidos por semejante atuendo. Al besarla pudiste percibir el olor a patchuli y unas pequeñas mariposas, en diversos y chillantes colores, que ella llevaba cerca de los ojos. "¿Qué pasó, Negro?" "Quiubo".

En la sala, frente al televisor, estaba una muchacha rubia. Llevaba un largo vestido de manta y tenía pegadas en la cara figuras geométricas. "Les presento a Lucy". La chica sonrió. "Yo soy el Negro", dijo El Negro. Al darle la mano viste que no traía brasier. "Y yo soy el papá del Negro", dijiste. Lucy soltó una carcajada franca y sus enormes senos bailaron. "¿Qué onda, lixtas?" "Sí; ¿verdad que no les molesta que nos acompañe mi hermano?", dijo la rubia. El Negro fue el primero en hacer una mueca de disgusto. "Nonono, claro que no", dijiste. "Está en la cocina preparándose un sandwich, no tarda".

Se sentaron con visible mal humor. Susana sonrió malignamente. El Negro comenzó a platicar con la rubia. Escucharon un ruido: el hermano de Lucy, un tipo obeso y sonrosado, acababa de caerse al salir de la cocina. Todos rieron. "Eres un buey", dijo la hermana. Se opusieron a que El Hermano cumpliera la amenaza de prepararse otro sandwich.

Salieron los cinco. En la siguiente cuadra esperaron el camión. "¿Traes boleto, maestro?", preguntaste al Hermano. "Simón, ayer me lo regalaron, porque yo no lo hubiera comprado, ¿eh? Va a ser una tocada chafa, chafísima". Quedaron sorprendidos. "Ah, ¿te cáí?", dijo El Negro. "Sí, mano, esos monos son maletas, la netopía". Hicieron la

parada al camión. Se acomodaron en el fondo. Tú querías discutir con El Hermano: que no chingara, cómo que concierto chafa, entonces a qué iba, ¿para que no le pedalearan a su hermanita?

"Así que son malos", dijo El Negro, más agresivo que tú. "Creo que sí" "Entonces a qué vas a verlos", añadiste. "Para burlarme." "No empieces con tus ondas", reprendió Lucy. "Nada más hay que esperar un poco, ustedes los van a ver". Nadie quería oír los argumentos del Hermano. El Negro volvió a la carga sobre la rubia. Comenzaste a mirar alrededor y viste que casi todos los pasajeros eran jóvenes de pelo largo y pantalones mugrosos, con actitud de ¿a-poco-no-soy-el-mero-efectivo?, fumando como desesperados, hablando a gritos, mentándole la madre al chofer por no acelerar. Sin duda, iban al mismo lugar que ustedes.

"¿No me quedaron bien las mariposas?", preguntó Susana sonriendo. "Están suaves, ¿de dónde las sacaste?" "Lucy me las regaló. Yo no quería ponerme nada, pero llegó con sus ondas y estuvo muele y muele. Pero están bien, ¿no?" "Al tiro". El Negro le tiraba rollos a la rubia sin dejar de mirarle los senos. El Hermano se mordía las uñas. Sería capaz de comerse a sí mismo, pensaste.

"Además, va a ser un festival para nacos", dijo de pronto El Hermano. Muchos de los que iban cerca lo voltearon a ver con odio. "No mames, pinche gordo, cállate", ordenó Lucy. "No hay iris, no es para tanto, unos cuantos nacelines no le hacen mal a nadie", respondió el aludido. "Pero ya no jodas". Por fortuna la parada estaba próxima y todos se aprestaron a bajar.

Al llegar a Reforma vieron algo inusitado: cientos de jóvenes, hombres y mujeres, caminaban en dirección contraria, esto es: venían del Auditorio. "Puuuta", dijo El Negro, "a poco se suspendió." "Sería buena onda, ¿no? Así no tendríamos que soportarlos", gritó El Hermano. Susana miró su capa negra pensando que ésa hubiera sido la ocasión perfecta para lucirla y ahora a la basura. "No

creo que lo hayan suspendido", dijo Lucy. "¿No? ¿Y esos chavos qué?", preguntaste. "Quién sabe, pero si no vamos hasta allá no sabremos qué onda".

"Bueno, pues lleguémosle, ¿no?, propuso El Hermano luego de un pequeño silencio. Para ser fieles a la ocasión, comenzaron a pedir aventón. Nadie accedía. Aprovechando un alto Susana y tú se acercaron a una camioneta. "Danos un raid, ¿no?", dijo ella. "Nada más voy a la Fuente de Petróleos", se defendió el tipo. "Ahí está, nosotros vamos al Auditorio, ¿sí?", dijo Susana tratando de sonar convincente. "Bueno".

Todos subieron. "¿Qué, van a una fiesta de disfraces?", preguntó el que daba el aventón. "No, mi cuate, es que hay una super tocada, con Chicago, ¿ves? Esos chavos que huy huy huy, ¿no los has oído?", dijo El Negro. "Ah, sí, ¿los que tocan Sábado en el parque?" "Esos meros." "¿Y a poco están en México?" "Simondón." "¿Y ustedes los van a ver, ahorita?" "Sí, aquí en el auditorio." "Qué suave, ahí luego me platican".

La camioneta avanzaba despacio. Más y más jóvenes pasaban caminando en sentido contrario. "Pues, ¿qué sucedería?", dijo Lucy. La respuesta estaba metros adelante, casi al llegar al semáforo; un camión ardía y varios muchachos le tiraban toda clase de objetos; incluso alguno levantó un bote de basura y lo arrojó al parabrisas. "Ya ven, se los dije: festival para nacos", sentenció El Hermano. Los muchachos gritaban, pedían dinero a los automovilistas, lanzaban piedras, interrumpían el tránsito. De manera casi intuitiva subieron los vidrios de las ventanillas. Tú hiciste lo mismo y al terminar de hacerlo, un tabique chocó contra el cristal estrellándolo. "Ya me jodieron estos cabrones", dijo el chofer. Nadie quiso añadir más. "Pero ustedes van a pagarme el vidrio." "¿Nosotros?", gimió El Hermano, "nosotros qué culpa tenemos." "Cómo no, si no les doy aventón ni me hubiera pasado esto." "No, no, de cualquier manera este es el camino por donde usted tenía que pasar". Pasaron frente al Auditorio: muchos policías, otro camión quemándose, turbas corriendo en todas direcciones. La camioneta cruzó lo más rápido que pudo y, en efecto, no parecía tener intención de parar. Ustedes estaban asustados. "Está bien, señor, dijo Susana, "le vamos a pagar pero déjenos bajar." "Cómo, si no debemos nada", dijo El Negro. "Callate, nada más nos vamos a meter en más líos".

La camioneta se detuvo. "¿Me van a pagar o no?". No contestaron. "¿Cuánto traes?", preguntó Lucy a su hermano en voz baja, pero todos oye-

ron. "Doscientos." "Presta." "¡No, no!", gritó El Hermano, "son para comprar el *Ulises*." "Pues ya te jodiste". Sin protestar más sacó el dinero. "Sólo tenemos doscientos pesos, señor", dijo la rubia tratando de dar un tono dramático. "Está bien, está bien, pero bájense de mi coche, Irápido!". Bajaron en silencio. Vieron alejarse la camioneta. "¡Qué cabrón!", dijo El Negro y escupió.

Nadie quería hablar. Tuvieron que caminar un largo tramo: el tipo los había dejado lejos del Auditorio. Lo que vieron al acercarse no era nada agradable: cientos de jóvenes intentaban entrar empujando las puertas; muchos policías golpeaban con palos y macanas a los que querían colarse; frente al Auditorio el suelo estaba plagado de vidrios, palos, zapatos, gorras, objetos irreconocibles; los teléfonos públicos habían sido arrasados. "Se los dije, un festival para nacos", gruñó El Hermano, "mejor vámonos." "No, no", alegó Susana, "si ya vinimos ahora nos quedamos, no faltaba más". Eran las ocho y quince.

"Al menos hay que saber por qué tanto desmadre", dijiste. Los demás asintieron con miedo. Tuvieron que formarse en una larga fila. Muchos hablaban sin preocuparse, pero otros miraban con insistencia al lugar donde la turba empujaba la puerta soportando los golpes de la tiranía. Entregaste los boletos al encargado. Los revisó rápido. "¿Qué pasó?", le preguntó El Negro. "Alguien se pasó de listo y falsificó miles de boletos".

Ya adentro parecieron recobrar las ganas y hasta compraron refrescos y papas fritas antes de llegar al tercer piso. Hasta El Hermano estaba animado. Penetraron al recinto del concierto. Abajo la gente corría hacia sus lugares e intentaba sentarse lo más cerca posible del escenario. Buscaron un lugar en medio y se sentaron en las incómodas bancas de madera.

Preparaste la grabadora. Lucy llevaba unos binoculares y observaba el distante escenario. El Negro le miraba los senos a la rubia. El Hermano fumaba con gesto indiferente, como si fuera a levantarse e irse en cualquier momento. Susana se apretaba emocionada contra ti. De pronto oyeron un gran alboroto: muchos jóvenes saltaban desde el tercer piso hacia los lugares de abajo. Algunos policías intentaron detenerlos pero pronto la avalancha fue incontenible. Eran cientos.

"¿Qué les parece si le llegamos nosotros también?", sugirió El Negro. Se miraron. "No estaría mal", dijo Lucy, "podríamos verlos mejor." "¿Sal-

tarnos? ¡No, no mamen! ¿Y exponernos por este grupito culero?", protestó El Hermano. "Como quieren", dijiste. Nadie contestó. Los que saltaron al segundo piso ahora lo hacían hacia el primero y pronto llegaron hasta el escenario. Algunos reían invitando a los que aún continuaban arriba. "Mejor nos quedamos aquí, ¿no?", dijo Susana, se me hace que allá abajo es más cotorreo". Ya eran las ocho treinta y nada. Las palmas pidiendo acción comenzaron. "¡Orale cabrones, que no tenemos toda la noche!", gritó alguien.

El lugar estaba a punto de llenarse. El Negro continuaba haciéndole la lucha a la rubia y ésta se dejaba querer. Diez minutos. "Nunca van a salir", dijo Susana. Quince minutos. Las palmadas eran acompañadas ahora de silbidos y mentadas de madre. Casi las nueve. De pronto apagaron la luz. Muchos gritaron llenos de asombro. En el escenario se prendió un arco de focos muy grande, ostentando un nombre en el medio: Chicago. "¡Cámara, esos si que son gruesos!", gritó El Negro, pidiéndole los binoculares a la rubia.

Los integrantes de la banda aparecieron y de inmediato fueron sobre sus instrumentos y comenzaron a afinar. Más aplausos. El tumbador del grupo, un brasileño, dijo: "Aló, aló, México". Los aplausos y chiflidos fueron monstruosos. El Hermano miraba escéptico. Prendiste la grabadora, justo en el momento que se escucharon los acordes de la primera canción. Todo mundo calló y comenzaron a oír embobados. El Hermano encendió un nuevo cigarrillo y cerró los ojos negándose a mirar.

Los binoculares circulaban entre los cuatro. Viste que el baterista, Danny Seraphine, usaba audífonos y la calva le había crecido, que el requintista, Terry Kath, llevaba una camiseta de los Redskins y gorra roja, que el bajista, Peter Dinklage, era más gordo de lo que lo mostraban las fotografías, que el brasileño Joao de Oliveira, enfundado en una playera de bongocero, le tupía duro a las tumbadoras, que en sección de metales sobresalía James Pankow, el trombonista, por su camiseta sin mangas y la calidad de ejecución, que Lee Louhgnane, trompeta, y Walter Parazaider, sax y flauta, acompañaban discretamente y que el organista, Robert Lamm, era un niño bonito. Susana miraba emocionada y Lucy parecía tener orgasmos sin necesidad de la intervención del Negro.

Terminó la canción y el aplauso fue atronador. Chicago iba interpretando sus buenos éxitos de antaño y del presente. Los cigarros de mariguana aparecieron y el típico olor invadió el recinto.

"¿No quieren un so?", invitó un muchacho cerca de ti. "No, gracias", fue la respuesta. La música aumentaba de intensidad. El Hermano pidió los binoculares y se puso a observar cada detalle del escenario, luego dirigió la mirada hacia el público como si buscara a alguien.

La gente gritaba enloquecida, extasiada, enajenada. El cassette a punto de acabarse, extrajiste uno nuevo e hiciste el cambio. Otra canción y más mariguana. El Negro casi saltaba en la banca. Percibiste un olor a alcohol: alguien bebía detrás de ustedes. El brasileño intentó decir en español que iban a hacer un experimento y se escuchó un remedo de música electrónica tipo Pink Floyd, pero malo.

Con esa canción, muy larga, terminó la primera parte del programa. La banda se fue. Encendieron las luces. "Vamos al baño, ¿no?", dijo El Negro. Aceptaron. El Hermano prefirió quedarse. Le dejaron la grabadora y los binoculares. "¿Qué te parece?", dijiste al Negro. "¿Quién? ¿La güera o el grupo?" "La güera, por supuesto." "Super". Todavía no terminaban de orinar cuando oyeron gritos de mujer: era Susana. Te subiste el cierre con rapidez y salieron corriendo. Sentiste las últimas gotas de orina mojando tu ropa interior. Entraron al baño de mujeres. Un tipo ebrio intentaba detener a Susana. Las otras muchachas, entre ellas Lucy, no hacían nada y estaban paralizadas. El Negro le dió un patadón al violador en ciernes, que fue a chocar contra la pared. El tipo volteó sólo para recibir tu rechazazo y caer noqueado. Entre los dos lo arrastraron afuera. Un policía se lo llevó escaleras abajo. Susana estaba pálida. Lucy la abrazó. En silencio volvieron a sus lugares.

"Voy por otros refrescos", dijo El Negro. El Hermano apenas los vio. "Ya ves, maestro, te dije que eran muy maletas: el guitarrista no tiene dedos y el baterista, puuuta", dijo sin voltear. "Sí, claro", respondiste, abrazando a Susana que empezó a llorar en silencio. "Y luego ese brasileño de mierda". Te entregó la grabadora. Se acercó un muchacho de melena mugrosa y pantalones lamentables. "¿Qué onda, maestro? ¿A poco lo estás grabando?" "Sí." "Huy, ¡qué buena onda!" Susana dejó de llorar. "¿Sabes qué? Me gustaría que me prestaras luego los cassettes". Lo miraste con extrañeza. "Te doy mi teléfono, me llamas y nos ponemos de acuerdo." "No estaría mal." "Pus apúntale". Anotaste nombre y teléfono del greñudo que se fue más contento que si hubiera conectado un kilo de golden. El Negro volvió con refrescos y bolsas de papas fritas.

"¿Te sientes bien?", le dijiste a Susana. Movi6 la cabeza; no supiste si quer6a decir que s6 o que no, pero mejor no preguntar m6s. Las luces se apagaron poco a poco y dio comienzo la segunda parte del concierto. La grabadora volvi6 a funcionar. Algunos gritaban nombres de canciones o intentaban, en p6simo ingl6s, en naquinglish, como dijo El Hermano, decirle a la banda que los quer6an mucho, que eran lo m6ximo, que 6sa s6 era m6sica.

Los tipos que estaban atr6s de ustedes hab6an terminado con la botella y alguno de ellos la arroj6 al segundo piso. Se escuch6 un golpe seco y luego una mentada de madre. El Hermano ten6a cara de ya-ven:-se-los-dije. La m6sica segu6a. Los aplausos eran cada vez m6s vigorosos. Uno de los muchachos de atr6s se cay6 al querer levantarse y otro comenz6 a vomitar. Volteaste a verlos y sonrieron. De pronto Lucy sinti6 que algo mojaba su vestido de manta. Por el olor a vodka y la viscosidad, supiste qu6 era. "Ya me jodieron estos cuates", dijo la rubia. "Orale, vamos a madrearlos", propuso El Hermano al Negro. Susana opin6 que no ten6a caso.

Decidieron buscar otro lugar y cambiarse, pero imposible: estaba lleno a reventar. Tuvieron que aguantarse. El Hermano sac6 pa6uelos desechables y Lucy trat6 de secar y limpiar su vestido. El Negro llevaba una peque6a c6mara y empez6 a fotografiar al grupo. Luego le tom6 una sola a la rubia para sorpresa de todos.

Casi dos horas de m6sica. El Hermano volteaba a cualquier parte con cara de aburrimiento. El Negro segu6a haciendo funcionar su c6mara con magicubos. La turba gritaba. El brasile6o dijo que hab6an estado muy contentos de tocar en M6xico y que 6sa era la 6ltima canci6n. Casi todos protestaron, pero callaron para o6r. Al terminar la melod6a los m6sicos dejaron sus instrumentos y se fueron. Apagaron las luces. Algunos gritaban "otra, otra", pero la mayor6a empez6 a encender cerillos. El Negro sac6 una carterita y les reparti6 a ustedes, incluido El Hermano. "6C6mara, parece que estamos en la Clausura!", dijo El Negro en clara alusi6n a los Juegos Panamericanos. "6C6llate, buey! 6No ves que estoy grabando?", lo reprendiste. Chin; ahora t6 tambi6n hab6as hablado. Pensaste en la forma de borrar eso del cassette, pero c6mo borrarlo si los miles de muchachos ped6an a Chicago que saliera a tocar. S6, nada menos que Chicago.

Cuando los cerillos casi les quemaban los dedos, la banda hizo su aparici6n. Aplausos estruendosos. Las notas de "Colour my world" iniciaron un

popurr6 de grandes exitos. El p6blico permanec6a de pie, estupefacto, queriendo gozar los 6ltimos instantes. La m6sica termin6 y los chillidos, gritos y aplausos corroboraron la aceptaci6n a la banda de los metales dorados, como alguien la llamara.

Al encender las luces se ve6an rostros alegres, risas; algunos apagaban los cigarros de mariguana con rapidez; muchos ya estaban borrachos o drogados. Todos iban saliendo. Ustedes parec6an contentos, hasta El Hermano. El aire helado de la noche los recib6 con indiferencia. El Negro sugiri6 tomarles una foto, frente al Auditorio, para recordar esa noche maravillosa. Los cuatro se abrazaron y el flash los deslumbr6 un poco.

Los autobuses hab6an desaparecido e infinidad de patrullas ocupaban sus lugares. Ni modo, a caminar hasta Mariano Escobedo. "Se los dije: un concierto para nacos", sentenci6 El Hermano. "Ya d6janos en paz", protest6 Lucy. "Est6 bien, est6 bien". De noche el bosque parec6a sombr6o. Miles de muchachos, como ustedes, caminaban a lo largo del Paseo de la Reforma en busca de cam6n o metro.

Al llegar al Tlaloc, El Negro pidi6 tomar nuevas fotos. "Y ahora t6 sola, Lucy, p6rate ah6". La muchacha no se hizo del rogar y comenz6 a posar. Abrazaste a Susana. El Hermano intentaba ver el Lago. Recordaste todos los incidentes. No hab6a duda: fue la noche de un d6a dif6cil. Miraste al Negro tom6ndole fotos a la rubia, a los cientos de j6venes que pasaban riendo, jugando, fumando felices. "Tienes raz6n, mano", le dijiste al Hermano, que segu6a mirando al Lago, "fue un festival para la raza, para los nacos." "S6, esta noche se muri6 Chicago", fue la respuesta.